

cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y vogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados por llegar á un puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros; y en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere despues en las novelas.

Ahora bien, ciertos dias festivos del verano, toda esta gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como tambien algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reunen en la isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan como pueden ó dejan en amable sombra, dando lugar á todo género de lances y sorpresas y produciendo la bacanal mas ilimitada, mas deshecha, mas delirante que registran los anales de Sardanápalo ó de Neron.

Los impúdicos bailes de *Mabille* no son sino *soirées* muy ceremoniosas en comparacion de una verbena de la isla de Croissy. *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles. Pero Croissy es algo mas antiguo, mas natural, mas mitológico. Es Chipre; es el olimpo pagano. No es la orgia social; es la orgia animal. Es el amor en los bosques, la realizacion de los satyros y las ninfas, la desnudez griega, la Arcadía sin la inocencia ni la poesia.

Ya volveremos á este asunto.

De buena gana me hubiera pasado el dia entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo... (El hermoso pescador habia desaparecido por entre las ramas.) Parecíame hallarme en el paraiso terrenal, en aquel verjel inculto que habitaron algunos dias nuestros primeros padres; pero la relacion que Mr. Iriarte me hizo de las profanaciones que habia presenciado aquella selvática soledad y el hambre que principiaba á terciar en nuestra conversacion, me estimularon á levantar el campo.

Llegamos, pues, al otro lado de la isla.—Allí habia un embarcadero y una gran barraca de madera, construidos dentro del mismo rio, á fin de no faltar al testamento del marqués d'Aligre.

Aquel brazo del Sena era aun mas ancho que el que separaba á Chatou de la isla, y al otro lado de él percibiase una pequeña llanura de la que se levantaba una suave montaña toda cubierta de arbolado y sembrada de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacios y otras con el aspecto de castillos.

La opuesta márgen del rio era sumamente amena, y estaba cultivada.—En frente del embarcadero en que nosotros nos hallábamnos, se alzaba una casa modesta, pintada de rojo y amarillo, de forma irregular, con dependencias propias de una casa de campo.

Sobre un lienzo de pared, se leia en enormes letras:

Maurice, pêcheur. (Mauricio, pescador.)

Mr. Iriarte desató una de las canoas que habia amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos el rumbo á la casa de Mauricio.

—Todos los dias, me dijo el jóven artista, paso cuatro veces el rio de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta: yo almuerzo y cómo siempre en casa de Mauricio, y trabajo y duermo en Chatou.

—¿Y por qué no trabajas y duermes en casa de Mauricio? le pregunté.

—Porque entonces no haria esta travesia tan deliciosa dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

Yo me moria de envidia. Yo me arrepentia de haberme impuesto la obligacion de ir á Italia. Yo no me acordaba ya de París.—Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacia Mr. Iriarte.

Llegamos en casa de Mauricio.

VI.

El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La misa de Bougival.

En el momento que nosotros llegamos, Sofia y Carlos, los hijos del pescador, aquella de diez años de edad y este de siete, hermosa ella como un ángel y travieso él como un demonio, recibian el beso de una vieja, hermana de su abuelo materno, y se disponian á partir juntos á la escuela de Bougival, gracioso pueblo situado á un cuarto de legua de aquella casa siguiendo la misma orilla del rio.

Todos los dias hacian los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, alguna labor femenil y la correspondiente merienda, que Carlos queria llevar y que Sofia le negaba, temiendo que se la comiera antes de la hora en que seria de urgente necesidad.

Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte y se alejaron al fin triscando como dos corderos á quienes se da suelta para que vaguen por los prados.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer habia marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos, dijo Iriarte, pesca de hoy. Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogemos fruta en la huerta. Hoy no he tenido tiempo de buscar setas en la isla. Las sustituiremos con patatas. Del vino nada tengo que decirle.

—¿Y dónde almorzarán ustedes? preguntó la anciana, que se reia como una bendita de Dios al oír á mi amigo.

—En la glorieta, respondió este, indicándome que le siguiera.

Yo estaba atónito, sin acertar á persuadirme de que habia andado trescientas leguas para hacer una vida semejante, y sin acabar de creer que me hallaba en Francia y á pocos minutos de París.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; añadimos algunos perfiles á nuestro almuerzo, y nos fuimos por último á esperarlo en la glorieta.

La glorieta era una jaula de cañas que se levantaba en un ángulo de un jardín muy descuidado, á espaldas de la casa del pescador.

En este jardín habia dos ó tres mesas rodeadas de sillas.

Eran signo conmemorativo, segun me esplicó Iriarte, de la larga broma que habrian tenido allí el dia anterior los *canotiers* y sus amadas.

Porque el dia anterior habia sido domingo.

Posesionámonos de la glorieta, y vino el almuerzo.

En esto oímos el crujido de faldas de seda y aparecieron en el jardín dos elegantísimas damas, bastante bellas, pero sin abrigo ni sombrero, poco peinadas y con los piés mojados por el rocío, lo cual era su preocupacion por el momento.

Desde luego comprendimos que eran dos parisienses que habian pasado la noche en casa de Mauricio y venian de dar un paseo por el campo.

La abuelita nos acabó de explicar que los amantes de aquellas damas tenian alquiladas dos habitaciones de la casa del pescador, adonde ellas venian á esperarlos todos los sábados en la tarde. Aquellos señores eran personas honradísimas de París, y hasta de cierta gravedad, que pasaban la semana en los negocios y aparecian allí el domingo al amanecer, tripulando una preciosa barca. Ellas los esperaban á la orilla del río. Pasaban el dia paseando ó navegando; almorzaban y comian en los pueblos de la ribera, si hacia buen tiempo, y si no en casa de Mauricio, y á la caída de la tarde se marchaban ellos á París en la misma barca en que habian venido, y ellas por el ferro-carril de la manera que os diré mas adelante.

Mas parece ser que el dia anterior habian llegado tarde á la estacion (tal vez de intento), y vistose obligadas á quedarse en el campo, contra las instrucciones de sus amantes.

Dicho se está por consiguiente que se hallaban contentísimas.—La sola idea de que estaban procediendo mal, las volvia locas de placer.—Por otra parte, ellas sabian que, fuera del domingo, no se ve un alma en casa del pescador y contaban con pasar un dia de absoluta soledad, de libertad ilimitada, de expansion y de retozo.—*No estaban ellos...*—Esto bastaba para la felicidad de aquellas tristes mercenarias, que por la primera vez de su vida reian en aquellos sitios *espontáneamente*, y no para alegrar á sus señores.

Nuestra presencia en el jardín las contrarió, pues, visiblemente. Ellas se conocian y conocian al hombre. Nosotros las recordábamos el sexo tirano de que aquel dia se creian libres. La sola contingencia de que las volviésemos á su condicion habitual echaba por tierra todos sus planes de pasar *un dia digno* en el seno de la naturaleza. Entraron, pues, en la casa, quejándose la una á la otra de que tenian los piés mojados, y nosotros seguimos con nuestros peces.

Entonces hice que Mr. Iriarte me explicase todo un tratado de costumbres francesas y completase mis ideas acerca de aquella casta de mujeres, que no eran sino una variante de la gran familia de las *entretenidas*.

La *entretenida* es una especie de esposa; una esposa dentro de las condicio-

nes de la vida parisiense; la esposa, segun la civilizacion; la esposa, segun la naturaleza.

No la confundais con otra mujer *peor...*—Heriríais la dignidad de la tercera parte de las mujeres elegantes de París.

Yo, sin embargo, creo mas funesta á la entretenida que á la otra miserable vigilada por el gobierno.

La entretenida es la manifestacion de un partido social, ó sea antisocial, que cunde y avanza en contra del matrimonio, á la manera del comunismo en contra de la propiedad.

La entretenida revela además una cosa horrible de que he notado otros muchos síntomas: el abandono en que gime el alma humana en medio de nuestra brillante civilizacion; el ningun cultivo que se da á sus mas nobles facultades; el olvido de sus santos intereses.

Hay en todo esto algo peor que el paganismo. El pagano, si se creia superior á su mujer, la exigia amor, reclamaba de ella virtud, la hacia su esposa para toda la vida. Hay tambien algo peor que el islamismo. El mahometano, si no emplea su alma en el amor á la mujer, tiene amor y alma para adorar á Dios. Pero el parisiense que toma á sueldo una mujer, ni la ama con el espíritu, porque este amor no existe sin admiracion ó aprecio, ni aspira á ser amado, puesto que el amor del alma no se compra ni se vende. Y sin embargo, se contenta con vivir de esta manera, y engorda, y el ocio del alma no le mata de melancolia...

¡El alma!—El alma se ejercita y goza en el amor al dinero. El alma no tiene sed de otra alma, ni se agita en el deseo de reposar en Dios. El alma tiene sed de oro, única omnipotencia que reconoce.

El moderno lenguaje francés se vale de una frase espantosa que comprueba lo que estoy diciendo.

—¿Cómo está fulano? preguntais á cualquiera. ¿Qué sabeis de él?

—Fulano *no es feliz*, os responderá melancólicamente...

Y con esto ha querido significaros que fulano tiene poco dinero.

Apelo á todos los que han estado en Francia para que digan si esto no es verdad ó invencion mia.

Bien que nuestras gentes afrancesadas lo dicen ya en Madrid del mismo modo.

—Parece que ese pobre chico no es feliz, oímos decir todos los dias con referencia á hombres de bien, que viven en paz en el seno de su familia y en el cumplimiento de sus deberes; pero que no pueden gastar lujo, ni quizás lo echan de menos.

¡Como si un pobre no pudiera ser feliz!

¡Como si un mendigo no pudiera ser mas dichoso que un emperador!

¡Como si el alma no existiera!

Pero volvamos á las entretenidas.—Y perdonadme que me detenga en la consideracion y análisis de cosas al parecer tan despreciables y baladis como estas pobres mujeres sin conciencia; pues ellas son el punto céntrico de un mal que

vamos estudiando, y el punto céntrico de los males es siempre el mas asqueroso. Dejadme, sí, tender los hilos de mi tela de araña, en la cual atraparemos con el tiempo una importantísima idea.

Aconteció, pues, que las dos damas de los piés mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de uuevo al jardin é instalarse al lado de una mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

Nada es mas fácil entre franceses que no se conocen que entabiar conversacion y hacerse íntimos amigos.

La mesa de las parisienses estaba al sol; la nuestra á la sombra. Propusí-moslas galantemente cambiar de sitio: primero se resistieron; instamos nosotros, y al fin se transigió la cuestión trayendo ellas sus platos á nuestra mesa.

Pero esto no lo hicieron sin imponernos antes las siguientes condiciones.

—Tenemos entendido, nos dijeron, que ustedes piensan permanecer aquí todo el dia. Nosotras teníamos el mismo plan. Pero ustedes nos estorban sobremanera, pues contábamos con estar solas, y no oír, siquiera durante un dia, el empalagoso lenguaje del amor. Si ustedes nos prometen solemnemente no hacernos la córte y tratarnos como si fuéramos dos antiguos amigos suyos, nos avenimos á almorzar con ustedes y pasar todo el dia reunidos dando vueltas por esos campos.

Nosotros juramos no hablarlas una palabra de amor y tratarlas como si no nos gustasen ó como si fuesen hombres. Juntamos, pues, los almuerzos, que se mejoraron al reunirse; bebieron ellas vino hasta dejarme asombrado; tomamos todos café; aceptaron cigarros, sin duda por representar mejor su papel masculino; pidiéronnos permiso para peinarse; se lo otorgamos; subieron á sus habitaciones, y al cabo de unos momentos volvieron á bajar tan compuestas y lindas, que daba gloria verlas, con mangas y puños limpios, con preciosos sombreros, elegantes sombrillas, aristocráticos guantes, fantásticos abrigos, y todo el aire, en fin, de unas verdaderas heroínas de novela.

Con esto, las dimos el brazo; salimos al campo por la puerta de la huérta, y empezamos á andar á la ventura con direccion á la verde montaña que limitaba el horizonte.

Yo no cesaba de acordarme de Paul de Kook.

Nuestras compañeras iban contentísimas, locuaces, verdaderamente inspiradas.

La una se llamaba Alicia y la otra Lucila.

Voy á contaros la historia de Alicia; historia que, segun ella, se parece á la de cien mil mujeres de Paris.

Es muy breve.

—Yo, dijo Alicia, parándome debajo de un frondoso árbol, á cuya sombra contaba ya Lucila su vida y aventuras á Mr. Iriarte; yo soy de Burdeos. Mi padre era un comerciante arruinado. Yo lei muchas novelas en mi niñez. A los quince años me encontré muy pobre y muy bonita. Amaba el lujo y carecia hasta de lo necesario para salir á la calle. Deseaba venir á Paris á hacer fortuna, pero

no tenia los medios para ello. Pinté abanicos durante un año; reuní el dinero suficiente para el viaje; comuniqué á mis padres mi proyecto; encontráronlo juicioso, y dándome cartas de recomendacion para algunos comerciantes de Paris



Rossini.

y la bendicion consiguiente, dejáronme en libertad de luchar con mi destino. Llegué á Paris. A los tres dias estaba colocada en el mostrador de una fábrica de guantes. Mi vida entonces consistia en madrugar mucho, acostarme muy temprano y despachar guantes todo el dia. A la verdad, ésta existencia me pareció monótona, y sobre todo, poco á propósito para hacer fortuna. El domingo iba al

teatro. Este era mi único placer, y esta fue mi salvacion. En el teatro reparó en mí el conde de... jóven, hermoso y rico. Esto sucedió á los cuatro meses de mi llegada á Paris. Informóse de quién era yo, y algunos dias despues de haberme mirado y saludado en la *Opera Cómica*, única inteligencia que habia habido entre nosotros, se presentó en la tienda; me pidió unos guantes, y en tanto que yo se los ponía, me dijo estas palabras.—«Señorita, yo soy el conde de... Tengo 40,000 francos de renta. Soy soltero. Mi padre es jóven y robusto, y por consiguiente tardará en morir. Yo no pienso casarme hasta que se muera mi padre. Entonces heredaré otros 40,000 francos de renta, y podré aspirar á la mano de una rica heredera que triplique mi fortuna, pues mi título entrará por algo en el contrato. He visto á usted en la *Opera Cómica*. Sé que es usted una jóven honrada.—Usted, por su hermosura y por su educacion, es digna de gozar de la vida, de vestir con elegancia, de brillar en los teatros y en los paseos y de tener lindos sombreros, una bonita casa, dos criados, y carruaje los domingos. Durante el verano, debe usted contar con una habitacion en el campo y pasar allí dos dias por semana. Esto es lo que corresponde á una mujer de las virtudes y demás cualidades que á usted la adornan. Yo se lo ofrezco á usted todo, confiado en que será prudente y aceptará. Le señalaré á usted un sueldo de 500 francos al mes, despues de pagarle la casa, los criados, los muebles etc. Los regalos que yo la haga á usted serán cuenta aparte y dependerán de su conducta conmigo y del amor que llegue á tenerla. Si al cabo de dos años encuentro que usted se ha portado bien, la daré una inscripcion que la asegure una módica renta para el resto de su vida, y de está manera, cuando yo me case, tendrá usted un dote regular, que unido á su hermosura, cuya índole es duradera, le proporcionará algun buen enlace con un abogado, que la llevará á reinar en una provincia donde nadie la conozca ni podamos nunca saber el uno del otro. Usted no tiene reloj. Yo le ruego que admita este. Es de oro... No lo dude usted. Me ha costado 600 francos. Mañana tendré el honor de volver por aquí y me dirá su resolucion.»—Dijo, y partió, dejándome el reloj en la mano y la felicidad en el alma.—¡Oh! si viera usted qué lindo era el reloj! ¡Algun ángel le habia dicho á aquel hombre que yo deseaba tener hora!—Mis compañeras de mostrador me miraban con curiosidad, deseando saber y casi adivinando lo que el conde me habia dicho. Yo se lo conté estensamente y se llenaron de envidia. Por darme importancia, las dije que no sabia si aceptar la vida que se me proponía, y todas me llamaron á una voz *estúpida*. Consulté á los dueños del establecimiento, y estos me aconsejaron que no desperdiciase mi buena suerte, añadiendo que yo era muy afortunada y estaba llamada á grandes cosas, encargándome, por último, que no les echase en olvido, pues ya sabia lo bien que me habian tratado.—«Vos podeis, me dijeron, hacer que el conde y sus amigos y todas las damas elegantes que tratareis con el tiempo se surtan en nuestra casa, y nosotros os daremos siempre los guantes al precio de fábrica sin ganarnos cosa alguna. En cuanto al reloj, es un *Merian* muy bonito, con doce centros en rubis, y todas las cajas de verdadero oro... Aunque esta noche no es domingo, podeis ir al teatro si que-

reis, y hasta invitar á vuestras compañeras en señal de despedida. Vuestro haber líquido en la casa es todavía de 30 francos, gracias á vuestra economía y excelente orden. ¡Con que... abrazadnos!»—¡Oh! continuó Alicia muy conmovida... Aquella era una buena gente... Yo no los olvidaré nunca. Unos padres cariñosos no hubieran sido mejores con una hija... Al dia siguiente fué á buscarme el conde. Iba en carruaje. Salí con él. Encontramos casa. Compramos muebles. Se mejoró mi vestuario, y pocos dias despues quedé instalada como una reina. Mi vida desde entonces no puede ser mas feliz. El conde me visita todos los dias de cuatro á seis de la tarde. Los martes se queda á comer conmigo. Los jueves me acompaña al teatro, y los domingos los pasamos juntos en casa de Mauricio. El resto de la semana estoy libre. Tengo algunas amigas. Hago visitas y voy á paseo; doy un té los viernes y á él acuden muchas personas de distincion. Dentro de poco tiempo se cumplirán los dos años al fin de los cuales me prometió mi esposo darme la inscripcion que asegurará mi porvenir. Entonces me casaré con Ricardo.

—¿Y quién es ese Ricardo?

—Un estudiante á quien amo mucho. Tiene un tio senador que lo colocará cuando se reciba de abogado.

—¿Y sabe Ricardo sus amores de usted con el conde?

—Seguramente. Pero el conde ignora mis amores con Ricardo.

—¿Y Ricardo se casará con usted?

—Ya lo creo. En primer lugar, si no fuese por mí, el pobre no lo pasaria muy bien... Yo le ayudo á seguir su carrera. Y por otro lado, la inscripcion que me ha prometido el conde me asegurará 2,500 francos de renta.

—¿Y esa inscripcion?... ¿Está usted segura de conseguirla?

—Sin duda alguna. El conde me quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene el conde?

—Veinte y cinco.

—¿Y no tiene otros amores?

—No, señor. El conde vive entregado á los negocios. Juega á la bolsa y gana casi siempre. El otro dia me dijo que tal vez se casaria antes que muriese su padre. Ya tiene 60,000 francos de renta.

—¿Y no es celoso? ¿No duda de usted?

—No se ocupa de eso. Siempre que me busca me encuentra amable. Esto le basta.

—¿Y dice usted que la ama?

—¿Pues no ha de amarme?

—¿Pero no se le ocurre á ése hombre que si suprimiese la renta y la inscripcion, usted no seguiria recibéndole?

—Sí que se le ocurrirá; pero se le ocurrirá al mismo tiempo que yo necesito comer y vestir.

—¿Luego usted subordina su alma á su cuerpo?...

—Oh... no, señor. Mi alma es libre y se emplea en amar á Ricardo.

—Pero Ricardo no la ama á usted.—Ricardo la explota á usted como usted explota al conde. Si usted no costease la carrera á Ricardo, ni contase con la inscripcion, ya la habria olvidado hace mucho tiempo.

—¿Pues qué? ¿No soy yo bonita?

—Si que lo es usted. Pero cuando se ama á una mujer bonita, no se permite que pertenezca á otro.

—Pero es que Ricardo no puede darme el bienestar que me da el conde. Yo necesito comer y vestir.

—Lo mismo le dirá Ricardo á otra, cuando esta otra le haga cargos por sus relaciones con usted.

—Yo no tengo celos.

—Ya lo veo; ni Ricardo, ni el conde tampoco. Todo esto quiere decir que no tienen ustedes alma.

—¡El alma! ¡Siempre el alma! Hé aquí la palabrota... (*le gros mot*). ¿Y qué es el alma?

—El alma, señorita, es una cosa que no come ni se viste. Una inquietud, una sed, una facultad, una capacidad que hay en nuestra naturaleza, que solo se nutre, se calma y se complace con verdades, con afectos, con íntimas convicciones. El alma es aquello que gime muchas veces dentro de nosotros cuando hemos comido bien, y vamos muy elegantes, y nos paseamos en coche, teniendo á nuestro lado una mujer hermosísima, de esas que cuestan, no digo 2,500 francos al año como usted (que es muy barata), sino 100,000 francos ó 100,000 lises, como algunas notabilidades de la ópera. El alma es la tristeza de los ricos, el tédio de los poderosos, el malestar de los saludables. El alma es un personaje tan susceptible, que cuando ama (y no puede vivir sin amar), tiene celos del pasado de la mujer preferida, de su porvenir, de sus intenciones, de todo lo que no sea poseerla de un modo absoluto, infinito, ilimitado. Esto seria siempre irrealizable; pero el alma es poeta, vive de ilusiones, se satisface con vanas apariencias, quiere ser engañada; y cuando ama á una mujer, se contenta con que esta le diga que nunca amó á nadie como ama en aquel momento, y que nunca podrá amar á otro hombre. *Siempre y nunca* (creo que soy yo el que lo ha dicho), son dos palabras que se rien del que las pronuncia; mas para el alma enamorada tienen una música divina.—«Yo te amaré siempre; yo moriré cuando me abandones; yo te he buscado y esperado toda mi vida...» Estas lisongeras frases, que no son mentira, aunque sean falsas; estos temerarios conceptos en que creen firmemente muchos de los que los dicen, son la esencia y la vida del amor. Yo comprendo que el amante tolere al marido. El lazo del matrimonio es sagrado é indisoluble. Lo que no comprendo es que Ricardo tolere al conde, por consideracion á unos trajes y á unos alimentos. Por eso digo que no la ama á usted.—Y usted no puede amar tampoco á Ricardo; porque el vil materialista que transige de ese modo en una cuestion de sentimiento, solo merece menosprecio y asco. Y el conde no puede amarla á usted; porque el conde tiene motivos para creer que su amor de usted será interesado y para despreciarla por consiguiente; ni usted

tampoco puede amar al conde, sino aborrecerle, primero: porque es usted su esclava, y segundo: porque él no se ha cuidado nunca de conocer, de halagar ni de adquirir lo que usted debe respetar, amar y reverenciar mas en sí misma... hablo otra vez de su alma! Para el conde es usted un mueble, una fiera hermosa, una estatua de carne. ¡Desgraciada de usted que se deja tratar de este modo por el conde y es al mismo tiempo una especulacion para Ricardo! ¡Mengua para el conde que nada echa de menos en usted y no se avergüenza de servirle á usted de industria! ¡Ignominia para Ricardo, que siendo hombre, se encuentra en igual y peor caso que usted, pues vive comerciando y piensa llegar al matrimonio por el camino de un anticipado adulterio!—¡Me pregunta usted qué es el alma!—Yo le pregunto á usted á mi vez cómo se puede vivir sin ella.

Alicia, que me habia oido con suma atencion, soltó una brusca risotada cuando vió que yo habia concluido.

Luego rompió á cantar no sé qué estrivillo de *vaudeville* que principiaba de este modo:

*La pair est faite,
ma foi... tant pire...*

En seguida se interrumpió, y poniéndose muy enojada, dijo, volviéndose á Mr. Iriarte:

—¡Caballero, su español de usted es un salvaje!

Y cambiando de nuevo de fisonomía, y con voz solemne y apesurada, añadió, cogiéndome una manó:

—Yo tambien tengo mis ideas... Yo creo en Dios...

Por último, reparó en sus piés, admirablemente calzados, y me los mostró, diciendo:

—Mire usted qué bonitas botas... Dicen que las españolas tienen el pié muy pequeño... ¿Es esto verdad?

Mr. Iriarte se reia de mí, al ver mi asombro.

Lucila, que tambien habia escuchado mi discurso, procuraba pasar á mis ojos por mas sublime que su compañera y afectaba con su actitud una profunda melancolía.

Alicia se sintió mal en medio del silencio que habia seguido á su risa, á su canto, á su *credo* y á su pregunta; y cogiéndose de mi brazo y llevándose aparte, me dijo:

—La señorita Lucila es una hipócrita. Quiere hacernos pasar por virtud lo que es en ella una desventaja. La señorita Lucila es desgraciada con los hombres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su esposo solo la da 150 francos al mes y no la visita sino dos veces por semana. Yo tengo ya 3,000 francos de economías, y ella no puede contar con un *sou*. Cuando Ricardo se case conmigo me llevará á su país, en donde le colocará su tío: allí ganará reputacion y ahorrará dinero. Yo seré muy buena y vi-